

Pan? ¿ó de Mercurio y una ninfa del Helicon? « ¡Citeron! ¡Citeron! dime quién es la madre de mi rey, á fin de que la celebremos en nuestros cantos; » así se expresa el coro, cuyo cántico está lleno de una poesía deliciosa y rica de esperanza, que el poeta derrama en su lúgubre verso.

Fórbas se presenta al fin, y esta vez el gran problema quedará resuelto. Edipo confronta al pastor y al mensajero, que hacia largo tiempo no se habían visto; por eso el anciano Fórbas no se acuerda de él; pero el mensajero marca con exactitud el tiempo, los lugares, y muestra en Edipo al niño que ha recibido de Fórbas. Entónces, el viejo sirviente de Layo, el mismo que no queria volver á ver la casa de su rey despues que habian sucedido allí cosas tan extrañas, prorrumpe en un grito sublime de cólera, é injuria al mensajero: « ¡Infeliz! ¿no callarás? » El rey de Tébas, que no comprende la ira del anciano, monta tambien en cólera y amenaza á Fórbas como amenazó al adivino. En vista de esto Fórbas habla; Edipo se conoce á sí mismo y exclama:

Ιού, ιού' τά πάντ' ἄν ἔξίκοι σαφῆ
 Ω φῶς, τελευταῖον σε προσθλέψαιμι νῦν
 Ὅστις περᾶσαι φῶς τ' ἀφ' ὧν οὐ χρῆν, ξὺν οἷς τ'
 Ὁ χρῆν μ' ἑμὴν, οὐς τε μ' οὐκ' ἔδει κτανῶν.

« ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Todo se ha aclarado! ¡oh luz del cielo, te veo por la última vez! pues que he nacido de padres de quienes no debí nacer nunca; soy esposo de quien no debiera serlo, » y he matado á quien no hubiera debido matar. » Edipo ha cumplido su destino; y el hijo de la doliente humanidad, el hombre nuestro hermano nos es devuelto nuevamente. Á la religion sucede la humanidad; á la verdad religiosa de una época la verdad de todas las épocas. El piadoso Sófocles abandona las acciones al destino, el filósofo Sófocles deja al hombre su moralidad, restituyéndole sus títulos en premio de sus desgracias. La religion misma, mejor que la fatalidad, se dispone á elevar al que ha caído bajo los golpes de esta. Ella imprimirá en el rostro del ciego un aspecto de santidad y de inviolabilidad, para que le preserve de todos los ultrajes. Los dioses que le han herido le ayudarán, y todos respetarán aquel instrumento roto, pero consagrado por sus voluntades, hasta que el Cielo llame á sí al mendigo de la aldea de Colona.

¿Qué hace el coro despues de tantas catástrofes? Lamenta la suerte del hombre, la nada de sus grandezas, la locura de sus alegrías; compadece á Edipo, el rey favorito, el hombre que venció á la *cantatriz de enigmas*; llora aquellos delitos deplorables, que el tiempo *omniveyente* ha descubierto al fin. ¡Ah! es el lamento de todas las épocas, de todos los hombres, el coro eterno de la humanidad que los grandes poetas tienen la mision de oír y repetir

continuamente, y cuyo estribillo: « No creo en la felicidad de ningun hombre (... βροτῶν οὐδένα μακαρίζω....) » no cambiará jamas.

Aquí el poeta está en oposicion con el dogma y con su ley de hierro, recobrando todas sus simpatías humanas. En adelante invocará sobre la cabeza del desgraciado Edipo todos los tesoros de la piedad; pedirá para él lágrimas, como el niño á quien nos representan conduciendo al ciego Homero por las ciudades y las aldeas de la Grecia, y rogando á los hombres le den un pedazo de pan y una cama para el pobre poeta. Un mensajero interrumpe los lamentos del coro, y refiere lo que no se presentaba en el teatro de Atenas, donde nadie sufría, como es sabido, muchas cosas á que despues hemos acostumbrado nuestra delicadeza. No se usaba allí ahorcarse ni degollarse á la vista del público. Esquilo, en la representacion de sus *Persas*, no hizo combatir actores en el teatro para dar una *idea en pequeño* de Maraton y Salamina á que no habian asistido personalmente, y mostrar cómo se habian portado los guerreros de Grecia; sino que se contentó con la relacion de un mensajero. Pero cuando se lee en la lengua del soldado poeta tan hermoso relato, se conciben los aplausos de aquellos hombres de imaginacion y de corazon, que creían oír en los bellos sonidos de su idioma los gritos de guerra y el estrépito de las armaduras. El mensajero se dirige al coro y le refiere la muerte de Yocasta.

Horribles gritos le interrumpen; es Edipo, que pide se le abran las puertas, porque quiere mostrar á sus pueblos el parricida y el incestuoso, á quien habian dado el cetro de rey, como al mas prudente y sabio. Ahora el pastor de los pueblos necesita un guia que le conduzca, como decia el anciano sirviente de Layo, « lo mas distante posible de Tébas, » pues que va á empezar y continuar hasta la muerte sus largos viajes de mendigo por los montes y los valles de la Grecia, á fin de que los pueblos se acuerden mucho tiempo del rey ciego y de su tierna hija. El poeta, que oye lo que se dice en todas partes, recogerá estas patéticas tradiciones, y tendremos el *Edipo en Colona*.

Una exclamacion del coro anuncia la aparicion de este semblante real tan cruelmente *deshonrado* por los dioses, segun la expresion de Pindaro, y el horror que le inspira no le permite fijar en él los ojos. En efecto, figurémonos el efecto de esta escena sobre el pueblo ateniense: los gemidos de Edipo que se oyen dentro; despues el ciego que sale con paso vacilante, si bien precipitado á la escena, donde nada ve, nada siente; y aquel coro que huye al aspecto de un hombre desfigurado y se cubre los ojos por no verle. Ningun teatro ha hablado jamas tan vivamente al alma y á los sentidos con medios mas sencillos y ménos contrarios al buen gusto. Agréguese á todo esto la emocion que debian causar las primeras palabras de Edipo, largos é intraducibles gritos

de dolor que preceden á sus palabras articuladas:

Αἰ, αἰ, αἰ, αἰ
 Φεῦ, φεῦ' δόστανος ἐγὼ ποῖ γὰρ
 Φερομαι τλάμων; πᾶ μοι φτογγά
 Πέταται φοραδῆν;
 Ἰὼ δαίμων, ἴν' ἐξίλου;

« ¡Ay! ¡Ay! ¡Soy el hombre de la desgracia! ¿ Adónde voy? ¿ Qué voz ha llegado á mis oídos? ¡Oh fortuna! ¿ Qué se ha hecho de ti? »

Los ancianos del coro le preguntan cómo ha podido desfigurarse tan horriblemente, y qué dios le ha impelido á ello, y el hombre del destino responde: « Apolo, Apolo, amigos míos; Apolo ha causado todos mis males. » Nombra al dios, pero sin insultarle. ¿ Y qué le valdria el insulto? Apolo le enviaria al sitio donde no llegan, como dice el poeta, ni el ultraje ni el ruego de los hombres; á aquella alta region del Olimpo donde habita un dios sin ojos, sin orejas y sin corazon.

Á la pregunta de por qué se habia arrancado los ojos, responde: « ¿ Con qué ojos hubiera podido yo, bajando á los infiernos? etc... »

¿ Se han visto nunca dolores mas crueles? Obsérvese ahora de qué distinta manera las dos grandes víctimas del drama, Edipo y Yocasta, cumplen su destino. Cada uno de ellos comprende inmediatamente, no sé por qué espantosa sagacidad, la clase de expiacion que exigen los dioses; Yocasta se ahorca, Edipo se saca los ojos. ¿ Con qué otra expiacion hubiera Yocasta conservado la dignidad que acompaña á Edipo, ciego y mendigo? ¿ Qué mutilacion, qué padecimientos voluntarios habrian alejado de ella el horror, el disgusto, y atraído sobre su frente la dulce piedad? ¿ Qué casa hubiera abierto sus puertas á aquella criatura contaminada? Yocasta debia, pues, morir, no quedándole mas expiacion que la muerte. Pero el hombre que irá por las ciudades y por los campos, tendiendo al caminante la mano que empuñó el cetro, y mostrando en su desfigurado rostro el castigo que habia sabido aplicarse por sus contaminaciones; el hombre que envejecerá en la miseria y en la soledad, despues de haber sido rico y de haberse visto rodeado de todo un pueblo; que no tendrá mas que lamentos, despues de haber tenido la ciencia y el poder; semejante hombre será siempre objeto de dulce piedad y no de náuseas, y nada bastará á debilitar en él la autoridad de los preceptos que los pueblos han de aprender en la escuela de sus infortunios. Por eso Edipo debió sobrevivir á la catástrofe; lo debió por la religion, que necesitaba de su vida para consumir hasta lo último uno de sus mas recónditos misterios; lo debió tambien por la moral y la poesia, que necesitaban de su vejez errante y afligida, de sus amargos recuerdos de la patria y de la vida pasada en el trono, de la piedad de su hija que calmaba sus dolores, y en nombre de Júpiter

invocaba la hospitalidad para él; lo debió por el arte, mediante el cual, con una sublime leccion de filosofia, nos ha proporcionado las mas nobles y fecundas emociones que pueden agitar el corazon del hombre.

El coro no quiere disponer de la vida ni de la libertad de Edipo, pensando que al que le toca decidir en esta parte es á Creonte, respecto del cual se acusa Edipo de haber sido demasiado injusto. Llegado Creonte, y por un sentimiento de dignidad natural ordena que Edipo sea trasladado á lo interior del palacio; « pues que (dice) solo incumbe á los parientes ver y oír los males de los parientes. » Edipo no esperaba hallar lástima en el hombre á quien habia ofendido cuando era rey y señor; pero ignora que la majestad de su infortunio le preserva del ultraje y de los miserables rencores humanos. Porque, como decia el mensajero, anunciando al coro la aparicion del grande ultrajador de los dioses: « Verás un espectáculo capaz de conmovier al que le aborrezca mas encarnizadamente. »

Edipo se tranquiliza al ver que los hombres son mejores que él, y no quiere abandonar el gobierno de la familia, ántes de haber dado á conocer sus *últimas voluntades*. El rey Edipo, habiendo muerto políticamente, se encuentra bajo los golpes de las dos justicias divina y humana, por lo cual habla con el lenguaje de los moribundos:

« Ahora bien, oye lo que yo aguardo de ti, lo que te pido. Pues que te conduces tan dignamente con las personas que te pertenecen, encárgate de erigir á tu gusto en este palacio un sepulcro á esa desgraciada. En cuanto á mí, no permitas que respire ni permanezca en esta ciudad, que fué mi patria; deja que me vaya á habitar á los desiertos de mi Citeron, donde mis padres, estando yo aun vivo, habian elegido mi sepultura: que muera como ellos deseaban que muriese; porque, al cabo, tengo el presentimiento de que no pereceré por enfermedad, ni por ningun otro accidente semejante; si no, ¿ cómo hallándome en el seno de la muerte, hubiera sobrevivido, á no ser porque me aguarda algun acontecimiento? Pero disponga el destino de mí lo que quiera. No voy, Creonte, á recomendarte á mis hijos; son hombres, y por lo tanto sabrán proveer á su subsistencia, en cualquier punto en que se encuentren; pero sí te recomiendo encarecidamente mis desgraciadas hijas, que se sentaban siempre á mi mesa y participaban de los manjares de su padre. ¡Ah! ¡déjame abrazarlas; deja que lloremos juntos nuestros males! Sí, generoso príncipe, permíteme que al estrecharlas contra mi seno, disfrute aun de su presencia, como en el tiempo en que podia verlas. ¿ Qué digo? ¿ Grandes dioses! ¿ no son ellas, no son mis hijas tan queridas las que gimen y lloran á mi lado? ¿ Creonte, compadecido de mis infortunios, me ha enviado aquí las mas caras prendas de mi corazon? ¿ Es esto verdad? »

CREONTE. Lo es. Previendo el placer que sentirías con abrazarlas, te las he traído.

EDIPO. ¡Oh! ¡que la felicidad no te abandone nunca! ¡que el Cielo te recompense y trate mas favorablemente que á mí!... ¿Dónde estáis, hijas mías? Venid aquí, venid á tocar estas manos fraternales que han puesto en el estado que véis los ojos de un padre que gozaba hace poco de la claridad del dia, y que, ¡oh hijas mías! ¡sin conocer ni prever nada, os engendró en el mismo seno en que habia sido engendrado! ¡No lo veré; pero lloro por vosotras, hijas mías! etc.

Bastan estas emociones profundas; la piedad no ha ido nunca mas lejos.

Si en medio de todas estas lágrimas puede encontrarse alguna leccion de sabiduría, estará en estas últimas palabras que arranca á los ancianos de Tébas la vista de la mucha grandeza seguida de tantos males: «Aprended á dirigir vuestras miradas á los postreros dias de la vida, y á no llamar feliz á ningun hombre hasta que haya terminado su carrera sin experimentar desgracias.»

Seguramente, no se podía ménos de llorar ó de hablar como el coro; pero estoy cierto de que en Aténas era mayor el número de los que lloraban que no el de los que deducian del espectáculo la anterior leccion. Sin embargo, la moral tenia su parte despues de las lágrimas.

NODIER, *Études sur les poètes latins de la décadence.*

§ 7. TRAGEDIAS DE ARGUMENTO ROMANO.

Á los que atribuyen la inferioridad, y hasta la nulidad del teatro latino á la naturaleza de los hechos con que brindaba la historia patria, podemos oponerles el felicísimo éxito que han obtenido algunos de aquellos asuntos en mano de autores modernos. Y como nos alejaria de nuestro presente tema, por ser otra su índole, el análisis del mayor trágico del mundo, nos ceñiremos aquí á hablar de aquellos de sus dramas que son relativos á la historia de Roma.

Shakspeare, que algunos se complacen en presentarnos como tosco y desprovisto de arte, pudo con la flexibilidad de su genio adaptarse perfectamente á las costumbres de los héroes que sacaba á las tablas, y por lo tanto ofrecer al vivo en sus tragedias los tiempos y los casos que describía. En su *Muerte de César* nos parece insigne mente trasladada á la poesía la verdad de la historia; y el interés, manteniendo la curiosidad al par que revela las causas, los incidentes y la inutilidad de aquella tentativa, prueba que, sin la menor suposición arbitraria, sin mezcla de episodios extraños, se pueden llenar las condiciones esenciales del arte dramática. Mientras que la historia nos presenta los hechos en relacion con los antecedentes, el verdadero poeta elige aquel punto en que se sostienen por sí, en que concuerdan en la sola unidad necesaria, la de sentimiento, y forma de

su poema un conciso epílogo y un vivo desarrollo de la historia.

Al alzarse el telon se ve la plebe agolpada á las calles de Roma, y á los tribunos Flavios y Marcelo, enemigos de César, reprendiéndola porque festeja el triunfo del dictador. «¡Os alegráis! ¿Y la razon? ¿Qué conquistas os trae? ¿Qué tributarios le han seguido á Roma, ó adornan con sus frentes humilladas las ruedas de su carro? ¡Pueblo imbécil y mas estúpido que la piedra insensible! ¡Corazones duros, crueles hijos de Roma! ¿No habéis conocido á Pompeyo? ¿Cuántas veces no os subisteis á los saledizos, á las almenas, á las ventanas y torres, y sentados allí con vuestros niños en los brazos, esperábais pacientemente hasta que el dia aclararse para ver al gran Pompeyo atrevesar las calles de Roma? Cuando su carro aparecia á lo lejos, ¿no alzábais un grito universal, que retumbaba en las dos orillas del Tiber? ¡Y hoy os ponéis vuestras mejores ropas, adoptáis por festivo este dia, y sembráis flores ante los piés del hombre cuya carrera triunfal está bañada con la sangre de Pompeyo! Huid; corred á vuestras casas, caed de rodillas, y rogad á los dioses que suspendan el azote, pronto á castigar tal ingratitud.»

FLAVIO. Id y despojad las estatuas, si las encontráis vestidas con los adornos sagrados. Yo recorreré los barrios de la ciudad, y haré que el pueblo desocupe las calles; ejecutad vos otro tanto. Arrancando á la ambición de César estas plumas nacies, conseguiremos detener su vuelo á una regular altura; si no, volaria remontándose sobre nuestras cabezas, y nos sumiría en una esclavitud espantosa.

Es el dia de las Lupercales; al son de una sinfonía, digna de anunciar la llegada del protagonista, se presenta César, y recomienda á Calpurnia, su estéril mujer, que se colque al paso de Antonio, á fin de que este, azotándola con las correas de piel de macho cabrío, la libre del encanto que la mantiene infecunda. Un astrólogo le grita de en medio de la multitud: «Guardate de los idus de marzo;» y César no se cuida de su aviso.

El séquito parte, y quedan solos Casio y Bruto; este, así por su carácter como por las ideas que concentra en sí, se muestra pensativo y abstraído; el otro quisiera inducirle á intentar algo contra César. Entretanto se oyen aclamaciones, y ellos, adivinando la causa, tiemblan por su perdida libertad. «¿Y qué? (dice Casio) siendo Romano, se pasea por el universo como un enorme gigante; y nosotros, pigmeos, que nos arrastramos entre sus colosales piernas, adelantamos la cabeza titubeando y con los ojos inquietos, para encontrar al fin ignominiosos sepulcros. Hay tiempos en que los hombres son dueños de sus destinos, y si nosotros gemimos en la esclavitud, amigo Bruto, la culpa no es de las estrellas, sino nuestra. Bruto, César. ¿Qué tiene de particular ese César? ¿Por qué su nombre ha de pronunciarse con mas pompa

que el tuyo? Escríbelos juntos, y el tuyo no le cederá en nobleza; pronúncialos, y parecerá igualmente donoso; en la balanza, ambos tendrán el mismo peso. Los manes evocados con estos nombres aparecerian lo mismo al oír el de Bruto que el de César. ¡Oh Roma! has perdido la raza de tus grandes hombres.... ¿Cuándo se ha dicho jamas de Roma que un hombre solo abrazase el vasto circuito de sus murallas? ¡Oh! tú y yo hemos oido contar á nuestros padres que hubo un Bruto, el cual ántes hubiera visto en el trono al eterno demonio de los infiernos que un rey.»

Movido por estas excitaciones, Bruto promete á Casio escucharle en mejor ocasion. En seguida se presenta César, ya de retorno.

BRUTO. Mira, Casio: la cólera hace enrojecer la frente de César, y todo su séquito me parece disgustado. Calpurnia tiene pálidas las mejillas, Ciceron está como espantado, y él despide rayos de sus ojos como aquella vez en el Capitolio, cuando un senador le contradijo cara á cara.

CASIO. Casca nos dirá de qué se trata.

CÉSAR. ¡Antonio! Haz que me rodee siempre gente de carnes frescas y de tez rubicunda; gente que duerma por la noche. Casio tiene un rostro pálido y flaco; piensa demasiado: semejantes personas son peligrosas.

ANTONIO. No lo temas ¡oh César! pues no es peligroso. Es un noble romano de buenas intenciones.

CÉSAR. Me gustaria que estuviese mas gordo; no quiere decir esto que le tema. Pero si César fuese capaz de temor, no conozco hombre cuyo contacto deseara yo evitar mas que el de ese débil Casio; lee demasiado, observa todo, y espía el corazón de los hombres al traves de sus acciones. No le agradan, como á ti, los espectáculos y los juegos; no se le ve nunca prestar oído á la música. Rara vez se sonríe, y cuando lo hace, parece tener lástima de sí mismo, y desprecia su razon por haber cometido la debilidad de reirse. Los hombres de su temple no están nunca tranquilos, mientras ven á otro mas elevado que ellos; circunstancia que los hace peligrosos. Digo lo que se podria temer, no que yo lo tema; pues siempre soy César. Pasa mi derecha, pues oigo poco de este oído, y dime francamente lo que piensas de mí. (Vanse.)

Casca cuenta á Bruto que Antonio habia presentado la corona á César.

BRUTO. Dinos ¿de qué modo se la presentó?

CASCA. ¿De qué modo? que me muera si puedo decirlo exactamente. Era una pura farsa de que apenas me cuidé. He visto á Marco Antonio presentarle una corona... no una corona de lujo, sino un simple círculo, una apariencia de corona... Y como os he dicho, la repelió, si bien creo que, á pesar de su acción, tenia deseos de aceptarla. Otra vez se la ofreció, y él la repelió de nuevo; pero se me figura que sus dedos se despegaron de ella con lentitud. Se la presentó

por tercera vez, y se repitió la misma escena. Á cada negativa de César se oían los gritos de la plebe, fuera de sí de alegría; aplaudian con las manos encallecidas; arrojaban al aire los gorros, empapados en sudor, y despedian de sus abiertas bocas tanto y tan infecto aliento que César, sintiéndose casi sofocado, se desmayó. Yo no me atreví á reir á carcajadas, por miedo de respirar aquel aire malo.

CASIO. Detente y dime, ¡por tu vida! ¿César se desmayó?

CASCA. Cayó allí en medio, con la espuma en la boca y sin voz.

BRUTO. No me admira. César padece ese feo mal que abate al hombre.

CASIO. No, no es César, somos nosotros, tú, yo y el honrado Casio quienes padecemos el mal que abate al hombre.

CASCA. No sé qué pretendes decir; pero es lo cierto que César cayó. Si aquel pueblo andrajoso no le aplaudió y silbó segun que su conducta le agradaba, ó desagradaba, como á los actores en el teatro, no soy hombre.

BRUTO. ¿Y qué dijo al volver en sí?

CASCA. ¡Oh! ántes de desmayarse, cuando vió á la chusma alegre porque rehusaba la corona, abrió el vestido y presentó el seno desnudo á sus golpes. ¡Que no hubiera sido yo uno de aquellos artesanos! Si no le cojo por la palabra, que me vea en el infierno entre los mas viles. En seguida cayó, y cuando recobró los sentidos, dijo que si habia hecho ó proferido alguna cosa impropia, rogaba á la majestad del pueblo romano que la atribuyese á su desazon. Tres ó cuatro de aquellas mujeres gritaron: *¡Qué alma tan buena!* y le perdonaron de todo corazón. Pero ¿qué caso debe hacerse de sus sufragios? Aunque César hubiese degollado á sus madres, exclamáran de la misma manera.

CASIO. ¿Ciceron no habló?

CASCA. Sí, y en griego.

CASIO. ¿Qué dijo?

CASCA. Si lo sé, que no os vuelva á ver; pero los que le oyeron, se sonreían entre sí y meneaban la cabeza. Para mí era propiamente griego.

Casio le convida á cenar, y él se marcha.

BRUTO. ¡Qué grosero y pesado le han puesto los años! En las escuelas mostraba otro fuego.

CASIO. Y aun lo tiene para ejecutar una empresa noble y atrevida, á pesar de su rudo aspecto. Esa aspereza sirve de condimento á su sano juicio; provoca y excita la atención de los demas, contribuyendo á que les sean mas gratas sus palabras.

Bruto se va y Casio se queda solo: Bruto (dice) eres generoso, y sin embargo veo que la firmeza de tu noble corazón, si cayese en manos hábiles, podria perder su primer carácter natural... Prueba de que las almas bellas deben acercarse siempre á sus semejantes.

En una noche tempestuosa, Casca refiere á Ciceron los prodigios que aterroran las imaginaciones; despues Casio le dice que son señales